
WARHAMMER
40,000
LIBERACIÓN
GAV THORPE
Traducción RODINA
Corrección ICEMAN TS

LIBERACIÓN
Una historia de Kage

‘Deliverance’ por Gav Thorpe

[Enhaced]

Traducción **Rodina**

Corrección Iceman ts 1.5



Araga estaba sobre la cima de la colina, apoyado sobre su lanza, mirando hacia la sabana. Los prados se mecían lentamente a lo largo de muchos kilómetros a la redonda, un mar amarillento balanceándose suavemente bajo el impulso del viento, sólo roto por algún árbol solitario o por algún afloramiento rocoso. A lo lejos, en el horizonte, se podía distinguir el verde más oscuro del dosel de la selva.

El indígena sacó una raíz roja por el cuello de una bolsa de cuero y comenzó a masticarla. Mientras aplastaba la raíz entre sus dientes, sintió como sus jugos comenzaban a extenderse a través de su cuerpo, aflojando los lazos entre la carne mortal y el espíritu. Sus miembros comenzaron a entumecerse y sintió que su mente ya estaba dispuesta para el viaje al mundo de los dioses. Miró vagamente hacia el cielo amarillo, con su mirada atraída por un movimiento.

Desde los cielos caía una estrella, dirigiéndose rápidamente hacia Araga, recta como una flecha, en dirección a la colina. Esto era un augurio, pero Araga no estaba seguro de si era bueno o malo. Durante casi un centenar de latidos de su corazón, el indígena observó como el objeto crecía más y más, hasta que impactó en la base de la colina entre una lluvia de polvo y barro. Parecía un huevo gigante, recubierto por una espesa piel curtida y acanaladas placas óseas. Ante la mirada de Araga, el huevo se agrietó y su mitad superior se abrió como si fueran los pétalos de una extraña y absurda flor. Brotó un chorro de un icor de color purpura, y una forma grande y larguirucha saltó hasta el suelo del huevo-estrella.

La cosa se estiró en toda su longitud mientras los fluidos del capullo goteaban de su cuerpo. Era más del doble de alto que Araga, y apoyaba su cuerpo en dos gruesas patas mientras que estiraba

otras cuatro extremidades superiores, dos de ellas dotadas de unas garras de malévolo aspecto y más largas que la altura de un hombre. Su carne violácea estaba protegida por placas de quitina superpuestas y unos poderosos músculos, junto a unos gruesos tendones, se tensaban bajo su oscura piel.

El corazón de Araga comenzó a latir más y más rápido, sentía como un frío sudor hormigueaba por todo su cuerpo, haciéndole temblar incontroladamente mientras la criatura miraba a su alrededor, como si olfateara el aire. Con un repentino chasquido de su cabeza, similar a la un monstruoso insecto, la bestia fijó su infernal mirada en Araga, atrapándole con sus ojos rojos. Con una velocidad sorprendente para su tamaño, la bestia-estrella subió por la pendiente, sus patas delanteras rasgaban la tierra para aumentar su velocidad.

Araga estaba totalmente paralizado, incapaz de moverse o gritar. Se dio cuenta de que ésta debía de ser una de las criaturas de más allá del vacío sobre las que los recién llegados habían advertido a su pueblo, un depredador de más allá de las lejanas estrellas, que había venido a por su alma.

Mientras el monstruo corría hacia él, Araga sintió una molestia en el fondo de su mente, y se dio cuenta de que podía escuchar un ligero sonido a su derecha. Quiso mirar, pero no podía apartar los ojos del demonio de destrucción que corría hacia él. La criatura estaba sólo a unos pasos de Araga, arqueando sus garras y su espalda para su mortal ataque.

Sin previo aviso, una tormenta de luminosos rayos azotó al demonio del vacío, rasgando su carne y arrojándolo contra el suelo, con sus extremidades agitándose violentamente. Al romperse el lazo hipnótico de la bestia, Araga pudo ver a las criaturas de metal avanzando a lo largo de la colina, escupiendo fuego contra el monstruoso intruso. ¡Los espíritus del cielo habían llegado para salvarlo!



El nativo se quedó quieto, mirándonos fijamente mientras nosotros abríamos fuego de nuevo. Supongo que esto no es tan sorprendente, teniendo en cuenta que estos muchachos son tan simples que, para ellos, un simple cuchillo mono-filo es una creación de los dioses. Tontos aborígenes, si no fueran tan estúpidos serían capaces de protegerse por sí mismos, y yo no estaría aquí, arriesgando mi cuello para protegerlos. Desvié mi atención lejos de él cuando el lictor se puso nuevamente en pie y los Chimeras tuvieron que lanzar otra descarga contra la criatura. Ordené que el resto del pelotón tomara posiciones de fuego, manteniendo un flujo constante de proyectiles mientras avanzábamos. El lictor saltó hacia la escuadra de Franx, pero mientras corría hacia ellos, siseando como una maldita cobra de Oviran, lo destrozaron con sus fusiles láser y su bólter pesado. El bicho murió colapsándose sobre sí mismo, con sus enormes garras asesinas rasgando su propio cuerpo.

Me acerqué para asegurarme que estaba realmente muerto. Nunca se sabía con esos jodidos (Fragging en el original) Tiránidos. Algunos de ellos tenían unos poderes regenerativos realmente sorprendentes. Su oscura sangre salpicaba la fina hierba y parecía realmente muerto pero, para asegurarme, acerqué a su cabeza mi pistola láser y le disparé seis veces.

-Bien, ¡Última Oportunidad!- dije a mi pelotón. **-¡Subid a los transportes y vámonos!**

Algunos de ellos comenzaron a caminar hacia los transportes Chimera, pero Franx, Letts y algunos otros caminaron hacía el lugar donde yo estaba parado. Letts fue el primero en hablar.

-Kage, hemos estado pensando. Sabes, aquí tenemos una oportunidad perfecta. Es decir, tenemos una gran oportunidad

para conseguir salir de éste infierno de una jodida vez, y para siempre.

Los miré, sin acabar de entender que querían decirme. **-¿Qué es lo que te traes entre manos?**

-Bueno- dijo Franx **-estamos a dos leguas de la selva. El coronel nunca nos encontrará allí, y en ella hay montones de comida, más que suficiente, refugios y todo lo que necesitamos para sobrevivir. Sólo tenemos que dirigir los Chimeras hacia el sur y volveremos a ser hombres libres.**

Sus grandes ojos ahora estaban ocultos bajo los gruesos rizos de su pelo, e hizo otro intento.

-¡Piénsalo!- continuó. **-¡No más Última Oportunidad! No más jodidas misiones suicidas para el coronel. No más pasar cada minuto preguntándonos a que mil clases de infierno nos vamos a enfrentar la siguiente vez. ¡Hombres libres, teniente, hombres libres!**

Casi no puedo creerlo. He estado luchando junto a Franx durante todo un año, y Letts lleva en la XIII Legión Penal el doble de tiempo. Al igual que yo, lo mismo que todos los integrantes de la Última Oportunidad, fueron expulsados de sus unidades regulares por violar a lo grande las normas de la Guardia Imperial, para servir durante el resto de sus vidas en una legión penal. Hemos caminado juntos a lo largo de una docena de campos de batalla, en los peores combates que uno pueda llegar a imaginar. Hemos pasado por casi todo, asaltos suicidas, cubrir retiradas y cualquier otra situación desesperada que se pueda imaginar. Se necesita algo más que simples agallas y fuerza física para sobrevivir durante tanto tiempo, no me podía creer que ahora estuviera siendo tan estúpido.

-¿Pero qué tipo de jodida idea es esa?- estallé, y sus bocas se abrieron por la sorpresa. Franx comenzó a enfadarse, podía ver la

sangre acumulándose en su rostro. Comenzaría a causar problemas si no hacia algo en ese mismo instante.

-Mirad, muchachos- dije intentando calmarlos **-no lo habéis pensado bien, de verdad. Ahí arriba hay una nave colmena Tiránida, llena de máquinas de matar especialmente evolucionadas, todas ansiosas por devoraros en cuanto os vean. La única razón por la que el cielo todavía no está aún lleno de esporas micéticas** (Grandes cápsulas vivientes cuya misión es transportar a los Tiránidos desde las naves colmena a la superficie del planeta invadido. Son similares a las cápsulas de desembarco de los Marines Espaciales. Las cápsulas perecen tras entregar su carga, nt) **es porque hemos logrado cargarnos a todos los lictores exploradores antes de que encontraran Liberación, por lo que aún no saben donde lanzar sus fuerzas.**

-Pero incluso esto, sólo puede retrasarlos, porque no podemos coger a todos los exploradores, de ninguna manera, e incluso si pudiéramos, tan pronto como se enteren de que hay más transportes imperiales de camino hacia aquí, lanzarán sobre el planeta a todas las jodidas criaturas que tengan en esa nave.

-Así que, como yo lo veo, tenéis dos opciones. Seguir vuestro plan significaría permanecer a la intemperie, en la selva, pero al descubierto, y es muy fácil que os encuentren en cuanto desembarquen, y luego ¿qué oportunidades creéis que vais a tener? O bien, podéis volver conmigo, a Liberación, donde hay una pared bien sólida para protegernos, trescientos guardias más de la Última Oportunidad, las Hermanas de Batalla, y dos mil nativos que nos ayudarán en el combate. Podéis elegir, pero tengo que insistir en que deberéis ir a pie. El coronel me despellejará si dejo que os llevéis los Chimeras. Todavía es mediodía, tenéis ocho horas hasta el atardecer, un montón de tiempo para poder esconderos y esperar a que lleguen los malditos Tiránidos.

Veo una creciente comprensión en sus rostros, como un sol surgiendo desde detrás de una nube oscura. Pensaba que yo les

había enseñado mejor que todo esto, pero todo éste asunto sólo me ha servido para demostrarme que hay personas que nunca aprenden nada a menos que se les enseñe por el camino difícil. Y, por desgracia, cuando estás en la Última Oportunidad, la mayoría de los que aprenden por las malas pasan a ser simple comida para los gusanos.

No dijeron nada, sólo se dieron la vuelta y comenzaron a caminar hacia los Chimeras. Lancé una última mirada al lictor, sólo para estar seguro. Es extraño, cualquier otro tipo de cadáver sobre éste maldito planeta ya estaría repleto de hormigas carnívoras y tendría una bandada de aves carroñeras volando en círculo por encima. Pero aquí no hay nada, ni siquiera los insectos tocan a un Tiránido. Entre todas las jodidas cosas de la galaxia, estos son quienes más escalofríos me producen.



Terminada ya la misión de búsqueda y destrucción, estaba de vuelta en Liberación, para una reunión informativa con el coronel en el torreón central. Desde allí, por la ventana, al llameante sol de media tarde, puedo contemplar el resto de la estación misionera. No es muy grande, poco más que un simple pueblo grande, de media milla de ancho, con una gran estructura central, algunos edificios dispersos y, por supuesto, éste torreón, que también sirve como santuario de la Eclesiarquía. Puedo ver a los centinelas caminando a lo largo del muro, e incluso a ésta distancia, creo poder sentir la tensión de los hombres.

-¡Kage!- ladró el coronel Schaeffer, y yo volví bruscamente al mundo real. Estaba reunido con él, junto a los otros dos tenientes, Green y Kronin.

-Como estaba diciendo- ladró enfadado el coronel **-hemos contactado con la fuerza de socorro. No están a más de dos días de distancia. Si somos capaces de aguantar sólo otras cuarenta y ocho horas más, tendremos aquí a dos regimientos completos de la Guardia Imperial. Debería ser bastante fácil defender el muro. Tiene cinco metros y medio de alto** (18 pies en el original) **por lo que sólo tendremos que preocuparnos de los lictores y los hormagantes, sólo ellos tienen la fuerza necesaria para saltar por encima, a los otros podremos liquidarlos mientras se acercan o intentan trepar por las paredes. Eso nos deja con la puerta, está flanqueada por dos torres donde hemos emplazado cañones automáticos, y podemos estacionar un Chimera detrás de la puerta por si surgen problemas. ¿Alguna pregunta?**

Kronin se aclaró nerviosamente la garganta, y se pasó la mano por su fino cabello pegado sobre su cuero cabelludo. Era un hombre delgado, demasiado inquieto y neurótico, según mi experiencia. Sólo

el propio Emperador sabía cómo alguien como él había tenido las suficientes agallas para mandar a su pelotón quemar un templo imperial después de haber robado los tesoros de su interior. Incluso más sorprendente era el hecho de que la Eclesiarquía no exigiera que se clavara su cabeza en un poste y que sus entrañas decoraran alguna acera.

-¿Y qué pasa con las gárgolas, señor?- preguntó Kronin.

-No es problema- aseguró el coronel. Como de costumbre, parecía frío como el hielo, una máscara de tranquilidad en la que nada parecía indicar que en unos días, tal vez en las próximas horas, estaríamos luchando por nuestras condenadas vidas. El coronel llevaba su uniforme de gala, como siempre, y estaba perfectamente afeitado, como si acabara de salir al patio de armas de un cuartel.

Era un hombre grande, me refiero físicamente, pero había en él algo más. Sus fríos ojos azules y su fuerza de voluntad le hacían parecer el doble de alto que cualquiera que hubiera a su alrededor. Yo no lo llamaría carisma, porque era un hombre poco comunicativo y maleducado, pero tenía ese tipo de presencia que llena cualquier habitación.

-Tenemos dos Hydras y ésta fortaleza posee cuatro emplazamientos de defensa, uno en cada esquina. Si cualquier cosa intenta volar sobre estos muros, tenemos el suficiente poder de fuego para derribarla. En cualquier caso, Kage y su pelotón estarán actuando como reserva móvil dentro del reducto. Si los Tiránidos consiguen abrirse paso por alguno de los muros, o por la puerta, o si algunos visitantes no deseados nos caen desde el cielo, se pondrá en acción y reforzará las defensas. ¿Algo más?

Miré por la ventana y alcancé a ver la luz del sol brillando sobre una armadura muy pulida, lo que me hizo preguntar algo.

-Las Hermanas, ¿cuál es su papel?- pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

-Las Adeptas Sororitas están bajo la autoridad del Ministorum, así que no tenemos control directo sobre sus acciones. He hablado con la hermana superiora al mando y la he descrito nuestro plan. Estoy totalmente seguro de que van a colaborar en todo lo que puedan. Lo mismo se aplica a las levas de nativos. Estarán protegiendo los muros y concentraremos nuestras armas alrededor de las torres de la entrada. Allí es donde atacarán con más fuerza. Si necesitan verme, ya saben dónde pueden encontrarme.

En eso no había ninguna sorpresa, el coronel siempre estaba en lo más intenso de los combates, y siempre salía intacto. Sólo el Emperador sabía por qué alguien como él estaba con nosotros. Nosotros habíamos violado las leyes, y nos atraparon. ¿Pero él? ¿Qué podía haber hecho mal? Lo que quiero decir es, ¿qué clase de hombre se presentaría para dirigir una legión penal de la Guardia Imperial? ¿Qué tipo de mente posee, para meterse en tantas situaciones en las que sin estar bendecido por el Emperador sería imposible salir de ellas, tomar un breve aliento, y volver a meterse directamente en otra, y en otra? Tiene que estar loco, quiero decir muy, muy loco.

Se dice que el coronel pasa su tiempo libre a bordo de la nave practicando como matar, incluso cuando está herido. Me retracto sobre los Tiránidos. Hay algunas cosas mucho peores, más infernales y que producen más terror, porque tienen forma humana. Eso es lo que se dice que es realmente, un demonio con forma humana, y cuando está preparado para un combate, como ahora, y te mira a los ojos, como ahora está haciendo conmigo, me creo esos rumores.



Era sobre mediodía del día siguiente, y, por fin, nos habían encontrado los Tiránidos. Tal vez fuera un lictor que había atravesado nuestra red de vigilancia, lo que no es sorprendente teniendo en cuenta que esa gran bestia podía llegar a ser muy astuta. Podían distinguir un olor a diez millas de distancia con el viento a favor, y todo su cuerpo estaba cubierto de escamas que cambiaban de color para camuflarse. O, tal vez, los Tiránidos (nids en el original, abreviatura de tyranids, nt) se habían hartado de esperar y habían decidido venir a por nosotros, estuviéramos donde estuviéramos.

Cuando me levanté, la noche anterior, vi descender las esporas. Daba miedo, podéis creerme. Era como una tormenta de meteoros, pero multiplicada por diez, muchas, muchas estrellas cayendo, una oleada tras otra, y otra. Hay un viejo dicho: Cuando veas una estrella fugaz, ofrece una oración al Emperador, y éste te concederá tu deseo.

Pues bien, con todas aquellas estrellas de fuego, eso significaría un infernal montón de oraciones que recitar, así que decidí hacerlo, pero todas de una sola vez, una gran y enorme oración al Emperador. ¿Queréis saber lo que pedí? Recé para que dejaran de caer todas aquellas estrellas fugaces. Pero eso no sucedió, así que supongo que un asesino como yo no tiene el menor derecho a rezar más al Emperador, y es por eso por lo que estoy ahora aquí, luchando, sirviéndole en la única forma que conozco.

Joder, estar aquí, en ésta estación misionera, con todos estos tipos de la Eclesiarquía, debe estar afectándome. Quiero decir, sé que el Emperador es Nuestro Señor y que Él vela por nosotros, pero siempre he pensado que los que podemos valernos por nosotros mismos no podemos sentir su mirada, pero sí está ahí para aquellos que no pueden defenderse por sí mismos. Al igual que sucede aquí, nosotros hemos venido para defender a los nativos de

los Tiránidos, porque lo único que ellos tienen son cuchillos y lanzas cutres, además de sus valerosos corazones de guerreros, lo cual está muy bien si están luchando entre ellos, pero contra los Tiránidos serían tan efectivos como tratar de detener un proyectil de Sabre (montaje estático de vigilancia dotado de armas pesadas, nt) apartándolo con un movimiento de manos.

Pero supongo que, cuando has estado durante una hora, viendo como tu condenación caía de las estrellas en una corriente sin fin, sería bueno saber que sí ésta es la vez en la que todo va a salir mal y vamos a terminar con las tripas arrancadas por los garfios de un lictor, o algún hormagante clavara sus garras como dagas en nuestro pecho, me gustaría saber que esto no es realmente el final, que hay algo esperando por nosotros, y que, al final, todo no va a ser una pérdida de tiempo.

Ya sé que tengo que librarme de estos pensamientos macabros. Tengo que mantenerme atento y fuerte, de lo contrario, éste podría ser mi último viaje con la Última Oportunidad. Sin embargo, es difícil, muy difícil, porque yo estuve en Ichar IV, y vi lo que estos monstruos pueden llegar a hacerle a un mundo. En aquellos tiempos, en la unidad éramos unos seis mil. Logramos salir menos de quinientos. Oí que las unidades regulares perdieron más de un millón de hombres defendiendo Ichar IV.

En aquel planeta teníamos titanes y Marines Espaciales, si los rumores eran ciertos, también lucharon los eldar junto a nosotros, o al menos eso fue lo que oí decir. Todos aquellos hombres, todas aquellas armas, y casi no fuimos capaces de ganar. Durante mi vida he visto la suficiente sangre y las suficientes tripas como para no volver a tener pesadillas, pero si hay una cosa que sigue dándome miedo, son los Tiránidos. Son tan diferentes de nosotros, Incluso los orkos luchan por la conquista y pillaje, pero los Tiránidos… solo viven para consumirlo todo, como si hubieran llegado para acabar hasta con el último ser viviente de toda la galaxia, y nunca, nunca se detendrán hasta que lo hayan hecho.

Esa es la razón por la que estaba de pie en el muro, con un viento glacial, nunca me hubiera creído que se podía pasar tanto calor por el día y tanto frío por la noche, viéndoles bajar. Viendo llegar mi destino, y la verdad, tengo un presentimiento muy malo. Los pelos de mi cuello se erizan y un hormigueo me recorre la espalda constantemente, siento que ya estoy muerto y que mi cuerpo es una cáscara vacía que sólo forma parte del plan.

Es por eso que estoy aquí, en pie, con la esperanza de que realmente hay un Emperador, que Él escuchará nuestras oraciones y que vendrá en nuestra ayuda. Pero no puedo contar con ello, y es por eso que estoy aquí, cuando el sol comienza a ponerse sobre la selva, listo para luchar como nunca antes he tenido que luchar, listo para hacer lo que pueda, porque en estos momentos la muerte se acerca a grandes pasos a través de las llanuras.



Su asalto principal se lanza contra los muros. El sol se está ocultando en el horizonte y nos atacan desde esa dirección, para cegarnos. El coronel tenía razón sobre las gárgolas, nuestras defensas aéreas son suficientes. Alrededor de un centenar de ellas se acercan volando, picando sobre nuestra posición. Las armas abren fuego, lanzando una cortina de fuego sobre el cielo. Algunas lograron sobrepasar los muros, y los Hydras siguieron disparando, lanzando proyectiles de alto poder explosivo hacia las criaturas, destrozándolas hasta convertirlas en pedazos. Fue asqueroso, los trozos de carne ensangrentada y carbonizada cayeron hacia el suelo, sobre nosotros, como un obsceno granizo. No hubo tiempo para eliminar los restos, el resto del enjambre estaba sobre nosotros, aunque, para mí, era difícil saber lo que estaba sucediendo, estábamos en reserva, a unos doscientos pasos del muro.

Habíamos creado una zona de fuego libre dentro del perímetro, limpiando el interior y demoliendo algunos edificios, cuyos restos sirvieron para crear una segunda línea de resistencia alrededor de la torre, por si los Tiránidos conseguían saltar los muros. La mayor parte de los combates parecían estar desarrollándose en los alrededores de la puerta, justo como había predicho el coronel. Los hombres forman de tres en fondo sobre los muros del lado sur, mientras que las Hermanas de Batalla mantienen la pared oeste. Hay, aproximadamente, la mitad de Sororitas que de miembros de la Última Oportunidad, y parecen aguantar bastante mejor. Pero claro, dame un arma bólter y una servoarmadura y os mostraré lo asquerosamente peligroso que puede ser alguien de la Última Oportunidad.

Apenas había pasado un cuarto de hora desde el comienzo del ataque, cuando los Tiránidos consiguieron abrir su primera brecha.

Estoy mirando el extremo oriental de la pared sur cuando vi a una horda de termagantes saltando y corriendo, rápidamente comprendí que allí ya no debía quedar defensor alguno.

-¡De acuerdo, Última Oportunidad! ¡Es hora de morir!- les grito como de costumbre, y nos lanzamos corriendo todo lo rápido que podemos hacia la masacre del muro. Los artilleros de los Chimeras se dan cuenta y lanzan una andanada de descargas de bólter pesado y multi-láser hacia los termagantes. Treinta segundos más tarde, con el corazón palpitando a toda velocidad, subimos por las escaleras, disparando nuestros fusiles láser según vamos llegando. En cuanto estamos arriba, cesa el fuego pesado de los Chimeras y, de repente, me encuentro rodeado por las criaturas.

Veo a uno de ellos dirigir su arma contra mí, pero consigo eliminarlo antes de que dispare. De repente, se lanzan hacia nosotros, desengancho mi espada-sierra del cinturón y pongo sus cuchillas en funcionamientos mientras que los demás preparan sus bayonetas. Los termagantes están mordiendo y rasgando todo lo que encuentran, hubiera jurado que estaban fuera de control si no fuera por la coordinada apariencia de su ataque. A medida que me rodean, me siento como si hubiera sido arrastrado por una ola, el pánico me asalta, la bilis brota de mi estómago cuando veo aquellos colmillos y caras de pesadilla a mí alrededor. Uno de los termagantes salta hacia mí, con sus cuatro extremidades superiores retraídas, listo para atacar, pero le lanzo un golpe con mi espada-sierra. Las cuchillas atraviesan su caparazón, salpicando mi cara con sangre alienígena, su sabor es asqueroso y el hedor me enferma. Pego un tiro a la bulbosa cabeza de otro monstruo, entonces algo me golpea con fuerza en mi espada. La maldita cosa está pegada a mí y no puedo alcanzarla. Siento sus garras escarbando a través de mi chaleco antibalas, escucho cómo desgarra el material y siento su cálido aliento en mi nuca, con una lengua larga y puntiaguda deslizándose sobre mi cuello. Sus mandíbulas se clavan en mi hombro, trato de girar mi pistola láser, buscando desesperadamente ángulo para disparar y apartar a la

bestia de mí, porque no quiero morir a manos de una condenada bestia. No voy a morir. No así.

Justo antes de que llegue el golpe mortal, aparece Truko, uno de los miembros de la escuadra de Franx, que ensarta a la bestia con su bayoneta. Siento como el monstruo me suelta y cae al suelo. No tengo tiempo de darle las gracias, el soldado es derribado y la mitad de su cara arrancada por una salvaje garra. La criatura está inclinado sobre él, con sus seis miembros apoyados en el suelo, listo para saltar, sus ojos rojos se dirigieron hacia mí. Le disparo en las piernas y luego llevo mi espada-sierra contra sus blandas entrañas, sin protección. Los gritos de Truko resonaban en mi cabeza, pero no tengo tiempo para darle la paz. Como se suele decir, no hay piedad para los malvados.

Los empujamos hacia atrás, sangrienta pulgada a sangrienta pulgada, hasta el borde del muro. Veo a Franx coger a uno de ellos y lanzarlo por encima del parapeto, con sus miembros y su cola agitándose mientras cae hacia abajo. Miro por el borde del muro y me doy cuenta de cómo habían logrado saltar sobre las defensas. Una pila de cuerpos se amontonaba hasta dos tercios de la altura de la pared, casi tres metros, cuerpo sobre cuerpo, creando una rampa de cadáveres por la que los otros suben corriendo.

-¡Granadas! ¡Hay que apartar esos cuerpos, alejarlos de la pared!- grito, mientras me aparto a un lado para esquivar una cola cubierta de púas dirigida hacia mi garganta. Mi espada-sierra vuelve a morder, haciendo un ruido estridente mientras corta a través de las placas de quitina. Sin embargo, los soldados me escuchan y lanzan granadas de fragmentación por encima del parapeto, tratando de dispersar la pila de carne. Veo a Marshall encima del muro, agarrando su fusil láser por el cañón y moviéndolo de lado a lado, como si fuera un bate, derribando a otro Tiránido que se dirigía hacia nosotros. Las granadas estallan, lanzando por los aires trozos de carne destrozada, pero la idea funciona. La pila de cadáveres se derrumba, esparciéndose a lo largo de la pared,

cayendo al suelo y dejando grandes manchas de sangre sobre el rococemento.

Los termagantes caen hacia atrás, lejos de la pared. Pero las cosas aún no han terminado, algo más viene hacia nosotros, algo que viene muy rápido. Con grandes pasos, como pulgas gigantes, los hormagantes pasan a toda velocidad, casi volando, sobre los cadáveres, en dirección al muro. Tratamos de acertar al mayor número posible mientras se acercan, pero todavía hay veinte, quizás treinta, de ellos que llegan hasta la base del muro. Se detienen allí durante la mitad de un latido de corazón, tensando los poderosos músculos de sus piernas, y luego saltan, sobrepasando el muro por casi un metro, con sus cuatro mortales garras golpeando.

Una de las bestias perfora con su garra el hombro de Marshall, el soldado la aferra con su mano y mantiene al monstruo junto a él. Pasa su otro brazo alrededor de otro que trata de abrirse paso hasta nosotros y se lanza fuera del muro, llevándose a los Tiránidos junto a él. Una garra barre hacía mi ingle, paro el golpe con mi espada-sierra y corto la extremidad, mientras que la disparo en uno de sus vidriosos ojos rojos con mi pistola láser. El resto de la lucha está borrosa, como una pesadilla animada, con cortes, muertes, patadas y disparos, puñetazos, gritos, caras bestiales, un aliento cálido y las garras, cortando y rasgando hacia abajo, la sangre, la suciedad y las tripas manchan toda la pasarela, una lucha constante, hasta que mis brazos pesan como el plomo por el cansancio y mi cerebro ya no es capaz de procesar más información, y nada más que el instinto de supervivencia me mantiene luchando.



Finalmente, nos las arreglamos para rechazar el asalto y los Tiránidos se retiran de nuevo hacia las llanuras. Un grito de júbilo brota en la puerta y se extiende a lo largo de los muros. Dejo a mis hombres que se relajen un poco, aunque tenemos muy poco que celebrar. El estrecho choque con el termagante, que casi me lleva consigo, está empezando a cobrarse factura en mi interior, miro a mi alrededor, buscando algo para mantener mi mente ocupada y no pensar en lo cerca que estuve de morir. Veo al coronel caminando por la pasarela, hacia mí, con el rostro tan sombrío como de costumbre. Nunca le he visto sonreír, ni una sola vez.

-¡Kage! Limpie los muertos y despeje la zona. Envíe equipos con lanzallamas para limpiar la zona frontal de los muros- a continuación, ya se ha ido, lanzando nuevas órdenes, consiguiendo dividir a los heridos entre aquellos que aún pueden luchar y los que necesitan que se les proporcione la paz del Emperador. Eso es todo, nada de gracias, ni un “Bien hecho, Kage, has conseguido mantener el muro”. Sólo más órdenes, más trabajo, más lucha y más muerte. Destaco a algunos de mis hombres para que lancen los cuerpos por encima del parapeto, y veo que los equipos de lanzallamas ya están haciendo su trabajo, los chorros de fuego caen sobre las pilas de cadáveres para recudirlos a cenizas. Los dejo haciendo su sucio trabajo y voy a buscar al coronel.

Lo encontré fuera de la torre, hablando con Nathaniel, el misionero a cargo de la estación. Parecían estar discutiendo sobre algo.

-Pero esos hombres necesitan tratamiento médico, no puede hacerlos luchar otra vez- se quejaba Nathaniel.

-Misionero, si esos hombres no pueden luchar, ya están muertos. Necesitamos a cada hombre disponible en los muros- respondió el coronel con una voz baja y áspera. Es la primera

ocasión que he tenido para mirarle con atención desde que comenzó la lucha. Su uniforme está empapado en sangre, alienígena y humana, pero ni una sola gota es suya. No tiene ni un solo rasguño en la piel, ni un maldito rasguño. Siento un escalofrío a lo largo de mi columna vertebral y trato de no pensar en ello.

Nathaniel todavía está discutiendo, pero el coronel levanta su mano para detenerlo.

-Estos hombres no merecen su piedad- dijo, con sus ojos brillando como el sol sobre el hielo. **-Son ladrones, asesinos, saqueadores, violadores, insubordinados y herejes. Cualquier pecado que pueda concebir, ha sido cometido por al menos uno de estos hombres. Más que eso, son traidores. Una vez sirvieron como hombres libres en la gran Guardia Imperial, pero traicionaron la confianza depositada en ellos por el Emperador y sus leales servidores. Han cruzado las prohibiciones de la Ley Imperial y han profanado la benevolencia del Emperador con su egoísmo, y yo, debo castigarlos por ello.**

-Sólo el Emperador puede juzgar nuestros pecados- argumentó Nathaniel.

-Y sólo en la muerte podemos recibir el juicio del Emperador- completó el catecismo el coronel. Nathaniel le dirigió una larga mirada, y luego se alejó.

-Recuerde, Nathaniel- le llamó el coronel **-¡sirva hoy al Emperador, porque mañana puede estar muerto!**- y entonces, por un breve instante, en tan solo una pequeña fracción de segundo, el fantasma de una sonrisa flota sobre los labios del coronel Schaeffer, una indirecta y minúscula prueba de satisfacción, como si él supiera algo que el resto de la galaxia desconociera.

-¡Kage!- el coronel me llama, debe haberse dado cuenta de que estaba aquí, y me hace señas con el dedo para que me aproxime. **-**

Estoy seguro que sabe que esto ha sido solo el primer asalto. No sé cuándo llegará el siguiente, así que hay que estar preparados. Dentro de solamente una hora se pondrá el sol, y supongo que esperarán hasta que anochezca. Quiero que usted, y su pelotón, se mantengan cerca de la puerta. Éste primer ataque ha sido para probar nuestras defensas y contar nuestras armas. Ellos saben que nos ha costado mantener la puerta, por lo que es casi seguro que lanzarán hacia allí la mayor parte de sus fuerzas durante el siguiente ataque.

-Debemos mantener la puerta a cualquier precio, Kage, de lo contrario… todo habrá terminado. Manténganse cerca de la puerta, pero espere mi señal. De ninguna manera, pase lo que pase, se aleje de la puerta. ¿Queda claro?

-¡Perfectamente, señor!- contesto, como si yo no pudiera ver el panorama por mí mismo. En éste ataque nos habíamos enfrentado a gárgolas, termagantes y hormagantes.

Todos ellos eran tropas sacrificables. El siguiente ataque sería mucho peor. Ahora nos atacarán con guerreros, con varios cárnifex e incluso puede que descendiera el propio tirano de la colmena.

-Ya tiene sus órdenes teniente. Ajústese a ellas, quiero a todo el mundo preparado para abrir fuego dentro de media hora- luego se va otra vez, gritando a Green y Kronin.



El coronel tenía razón, como ya sabía que iba a ser. ¡Qué el Emperador se lo lleve! Pero él siempre tiene toda la condenada razón.

El anochecer llega bruscamente, los Tiránidos están esperando, preparándose para atacarnos en cualquier momento. Ayudo al pelotón de Kronin a desmontar algunos reflectores de los Chimeras y colocarlos sobre los muros. El zumbido constante de los generadores portátiles llena el aire, lo cual no nos ayuda lo más mínimo, los Tiránidos pueden ser muy silenciosos cuando quieren. Esa es una cosa que los define, de las más características, el silencio. No hay gritos de batalla, ni cantos de guerra, sólo oleadas de ellos dirigiéndose hacia ti. Cuando luchan, producen una especie de silbido, pero dudo mucho que eso sea algún tipo de lenguaje. No son más que animales, insectos, pero muy bien organizados. Son como las avispas que vi en Antreides, que parecían saber todo lo que estábamos haciendo. Cuando una de ellas te encuentra, el resto viene pronto, zumbando, al igual que los lictores, que buscan la presa para el resto del enjambre.

Así que estoy en el muro, comprobando que todo está bien y que los reflectores funcionan correctamente. Los soldados más tontos están apuntándoles demasiado lejos de los muros, como si quisieran obtener un aviso del ataque lo más pronto posible, lo cual puedo entender. El problema es que a esa distancia cuando la luz llega al suelo es tan débil que apenas se ve nada.

Agarro el reflector más cercano y apunto hacia el suelo, a unos setenta metros. Capto un atisbo de movimiento y ordeno que los demás iluminen ese punto. Lo que veo hace que un escalofrío de miedo recorra mi columna vertebral. Una sensación, debo añadir, que no me es en absoluto desconocida, aunque se está volviendo

demasiado familiar en estos tiempos. Allí, hay una gran nidada de termagantes, arrastrándose sobre sus vientres entre la hierba, y peligrosamente cerca. Detrás de ellos se agachan los guerreros, grandes bestias, el doble de altura que un hombre, con cuatro extremidades superiores en las que habían desarrollado una enorme variedad de armas para el cuerpo a cuerpo, o a distancia. Están arrastrándose hacia adelante, sus articulaciones óseas y sus placas de quitina son blancas bajo el resplandor de los focos.

La luz del foco brilla en sus ojos, innumerables orbes brillantes se reflejan hacia mí. Parecen unos ojos totalmente muertos, sin la menor emoción, nada en absoluto, ni siquiera el brillo del hambre, que es lo que cabría esperarse teniendo en cuenta que ésta raza devora planetas enteros. No, los únicos ojos más fríos que he visto, más que esas miradas de fuego blanco, son los del coronel Schaeffer, y todos sabemos que no es realmente humano.

-¡Elijan sus objetivos! ¡Abran fuego!- grito. Los soldados disparan, primero con los lanzadores de misiles y cañones automáticos, luego lanzan una lluvia de fuego con sus fusiles láser hacia los Tiránidos, cuando los monstruos se dan cuenta de que es inútil esconderse, se levantan de entre la hierba y cargan hacia nosotros, una oleada de bestias con varios brazos agitándose, buscando nuestra destrucción. Les lanzo una última mirada mientras se acercan corriendo por la llanura, con flores de fuego estallando entre la niebla que muestran brevemente sus terroríficos rostros entre los breves destellos de fuego infernal, antes de saltar los escalones de tres en tres y volver con mi pelotón.

-¡Atención, hombres!- les grito. **-¡Permaneced firmes! Seguid mi ejemplo, permaneced unidos. Si os separáis, os liquidarán sin el menor problema. Cuando disparéis, apuntad a la carne. Vuestros fusiles láser tendrán el mismo efecto en su caparazón que en el blindaje de un Leman Russ. Vigilad vuestros cargadores, ésta va a ser una noche muy larga y no quiero**

hacer frente a esos malditos bichos sólo con mis manos desnudas.

-Una última cosa, no os dejéis matar, porque de lo contrario tendré que volver a entrenar a otro grupo de reclutas para Última Oportunidad. Si me dejáis morir, me aseguraré de volver y os perseguiré durante el resto de vuestras miserables vidas, recordándoos que sólo sois una manada de jodidos retrasados, poco más que los bastardos hijos de un orko.

Eso hace que sonrían. Personalmente, no me gustaba dar esos discursos de mierda antes de una batalla, pero algunos de ellos lo necesitan, así que no hay más remedio. Al igual que yo, están tremendamente nerviosos. Es decir, en su mayor parte, son un montón de cabezas cuadradas, un grupo de descerebrados, muy duros casi siempre, pero incluso aunque no tengan nada más que aire entre sus oídos, no pueden superar el horror irracional que les producen los Tiránidos. No es solo que te maten. Ellos te devoran, toman todo lo que eres, todo lo que ibas a ser, y lo cambian para pervertirlo en otra cosa. Es un pensamiento horrible, no me importa reconocerlo.

El fuego procedente desde la parte superior del muro se mantiene estable, así que supongo que estamos aguantando bastante bien. Por un momento, me doy el lujo de mirar hacia donde las Hermanas de Batalla luchan junto a los nativos. Es una escena realmente extraña, puedo asegurarlo. Hay un millar de guerreros de piel oscura, arrojando lanzas y flechas, con su piel brillando por el sudor y con sus cantos de guerra en pleno auge en lo alto de los muros. Y luego están las Sororitas. También están cantando, sus voces lanzan una oración constante al Emperador, un coro cantando al unísono. No puedo entender las palabras, pero entran dentro de mí y dan fuerza a mi espíritu. Es una canción de desafío y lealtad, y mientras cantan disparan metódicas ráfagas desde sus bólters, lanzando descarga tras descarga contra la oscuridad, cada proyectil

envía un rayo de luz hacia las sombras, procedente de su propulsor interno.

Entonces veo a un grupo de nativos saltando en todas direcciones, gritando como locos, arañándose la cara y el pecho. Eso era efecto de un Escupe-muerte (Deathspitter en el original); dispara una especie de bicho explosivo que pulveriza ácido por todas partes. Es capaz de perforar protecciones, dándole tiempo, y en la carne expuesta de los irregulares nativos es absolutamente letal. Aparto los ojos lejos de la escena, tratando de ignorar los agonizantes gritos y miro lo que está pasando en los alrededores de la puerta.

Están luchando cuerpo a cuerpo, y veo al coronel, con una espada de energía que brilla intensamente en una de sus manos y una pistola bólter en la otra. Mientras que los demás están cortando y matando desesperadamente, el sólo pasea hacia un lado y hacia otro, derribando a un enemigo con cada golpe o disparo, como si a su alrededor no estuviera sucediendo nada en absoluto. Veo como la forma de un lictor se yergue detrás de él, pero el coronel sencillamente se gira, vacía el cargador de su pistola en su rostro y luego corta sus piernas con dos movimientos de su espada de energía. Irradia calma, como si estuviera dando un refrescante paseo matutino. Maldita sea, parece tan frío, que, en comparación, las Hermanas de Batalla parecen positivamente exaltadas, y la mirada que reserva para una escoria como nosotros nos congelaría antes que una noche al raso en Valhalla.

Entonces, algo aparece en la entrada occidental que casi me hace tragar la lengua de terror. Silueteado contra la luna creciente está la figura del tirano de la colmena. Es casi tres veces más alto que los hombres que lo rodean. Dos de sus brazos están formados como algún tipo de enorme bio-arma, mientras que los otros dos terminan en una especie de látigo y una espada dentada de hueso. Una tremenda cola restalla entre sus piernas, rematada en un aguijón del tamaño de un brazo. Unas mandíbulas capaces de partir a un hombre en dos se mueven con avidez y tiene todo el cuerpo

cubierto por una armadura de quitina y salientes óseos como protección.

La enorme bestia dispara el cañón veneno contra la masa que lucha en la entrada, destrozando a guardias y Tiránidos por igual. Su cabeza se inclina hacia atrás y deja escapar un horrible bramido que se extiende a lo largo del muro como una ola, el miedo paraliza a los hombres que luchan sobre el parapeto, estos se detienen un momento, y son destrozados con facilidad por los guerreros y termagantes, ahora sin oposición. El tirano avanza sobre el parapeto, lanzando trozos de mampostería por los aires cuando apoya todo su enorme peso sobre el muro.

Mirando a su alrededor, fija sus malignos ojos sobre el coronel, mientras éste reúne hombres para lanzar un contraataque. Los soldados atacan, pero los proyectiles no consiguen perforar el blindaje del monstruo y las bayonetas se rompen contra sus placas de quitina. A continuación, la bestia lanza un golpe bajo con su espada y veo como brota un torrente de sangre en el aire cuando cuatro hombres son partidos a la mitad por ese único golpe. El látigo ataca, sus púas rasgan el pecho de otro guardia, lanzando por los aires su destrozado cuerpo desde el muro para aterrizar, en un flácido montón, sobre el patio.

No hay duda alguna de que ésta vez el coronel ha encontrado a su igual. Él se está abriendo camino a través de una nidada de guerreros para intentar llegar hasta el tirano de la colmena. Hago una pausa en la lucha y miro brevemente por encima del parapeto, hacia el exterior. Él se detiene también un momento y mira hacia donde estamos situados. Con un movimiento de sus brazos, nos hace señas para que ataquemos.

-¡Vamos allá, Última Oportunidad!- les grito, y comienzo a correr en dirección al muro. Apenas he dado cinco pasos cuando siento que algo va mal. Me doy cuenta de que estoy solo, me paro y miro hacia atrás. Todos mis hombres están quietos, de pie, mirando al

tirano de la colmena mientras destroza a otra escuadra de soldados.

-¿Pero qué mierda es ésta?- aúllo. Agarro al sargento Feonix por las solapas de su uniforme y lo empujo contra el muro, pero él se vuelve y me grita.

-¡Esto es una locura!- su grito se escucha sobre el sonido de la carnicería en el muro. **-¡Eso es el jodido tirano de la colmena, nos va a matar a todos! Tenemos que largarnos de aquí mientras aún podamos. Liberación ha caído, Kage, afróntalo-** se calma un poco y me lanza una intensa mirada. **-¡Ya no podemos hacer nada! ¡Tenemos que salvarnos nosotros solos! No eres ningún jodido mártir, Kage, y lo sabes.**

Tiene razón, pero entonces algo que pasa sobre su cabeza llama mi atención. Nuevamente están cayendo luces desde las estrellas, que se curvan hacia abajo desde la órbita hacia Liberación, formando un largo arco. Echo un vistazo hacia la puerta y veo las puertas estremecerse, mientras la titánica bestia intenta partirla. Tomo una decisión.

-Mirad- les digo, señalando los puntos de luz que caían hacia el sur. **-No hay ninguna forma de escapar, chicos. Eso son más esporas micéticas llegando al planeta, estamos rodeados. No hay manera de que podamos salir de la zona antes de que esas cosas lleguen hasta aquí.**

Kruzo, de la escuadra de Letts, abre la boca para replicar, pero lo corto.

-No hay manera de salir de ésta, chicos. Todos vamos a morir en Liberación. Ahora, hay dos caminos. Podéis morir huyendo de la lucha, como los cobardes y ladrones que creen que somos. Seguramente podáis hacerlo, saltar el muro y esconderos. Pero a ellos no les llevará mucho tiempo

encontraros, cuando estéis absolutamente solos por ahí, de noche, encogidos entre la hierba, intentando no…

Un ruido procedente de la entrada me distrae y me doy la vuelta para echar un vistazo. El Chimera que está detrás de la puerta estaba oscilando sobre sus orugas, va a volcar en cualquier momento, así que es mejor hacer esto lo más rápido posible.

-¡Bien, maldita sea! No nos queda otra cosa por la que luchar por nuestro propio orgullo. En éste mismo momento, me importan una mierda los nativos, el Emperador y el coronel. Lo único que importa es cómo voy a morir, y no va a ser por la espalda ni arrodillado. Sí tengo que morir, lo haré luchando, ¡cómo un hombre! Si aquí hay algún hombre, será mejor que también venga conmigo, los niños pueden irse corriendo, arrastrándose sobre sus vientres, ¡como la escoria que son!

Escupo en el suelo, delante de ellos y comienzo a caminar hacia la puerta. Estoy corriendo un riesgo infernal, porque si no me siguen, soy a estar de pie frente a la puerta totalmente solo mientras que algo enorme y monstruoso, capaz de abrirse paso a través de un metro de plastiacero está a punto de llegar. Entonces oigo el ruido de botas, ellos están ahí, conmigo, así que supongo que he conseguido convencer a estos imbéciles.

Miro hacia arriba y veo que el tirano de la colmena se ha ido de la torre de la puerta, pero aún puedo ver al coronel, cortando con esa gran espada de energía suya. Sólo el Emperador sabe como mierdas lo logra, bueno, si llego vivo al amanecer, podré averiguarlo. Las puertas de plastiacero se rompen en medio de un chirrido de desgarro y el Chimera sale disparado hacia nosotros. Hay un gran estruendo cuando el blindado choca contra un edificio y el transporte de personal salta hacia arriba, girando por los aires. Se estrella contra el suelo y su depósito de combustible estalla, una enorme bola de fuego que alcanza una altura de treinta metros. Entre las llamas y el humo veo algo que me seguirá hasta la tumba, ojalá pase mucho tiempo, aunque en ésta situación, lo dudo.

Entre el brillante resplandor rojizo aparece un enorme Tiránido, de casi cuatro metros de alto y lo mismo de ancho. Es un cárnifex, pero de un tipo que nunca había visto anteriormente. Tiene cuatro enormes brazos, terminados en cuatro gigantescas guadañas, unas protuberancias óseas crecen en sus hombros, sobresaliendo hacia adelante, enorme filas de espinas, que forman algún tipo de bio-ariete. Ubicada entre sus inmensos hombros, está su cabeza, que parece fusionarse con su pecho, con una gran boca llena de colmillos que ruge constantemente. Unos pedazos de retorcido metal cuelgan de las espinas mientras se abre paso a través del humo y de las llamas, como un monstruoso demonio saliendo de una fosa infernal.

Sin detenerse lo más mínimo, aparta hacia un lado los restos del destrozado Chimera y me horrorizo al ver como parte del vehículo en llamas se clava en una de las placas blindadas de la criatura. Los restos están ardiendo, y el combustible en llamas se arrastra a lo largo del caparazón del cárnifex, pero éste sigue avanzando, como si no pasara nada.

-¡Acabar con ese maldito bastardo!- les grito, y todo del mundo sale del trance en el que habían caído.

Breiden abre fuego con el cañón láser, un rayo lo suficientemente potente como para detener a un carro de combate, abre una herida en el cráneo blindado del cárnifex, oscura sangre brota desde el interior de su pesado exoesqueleto. El bólter pesado de la escuadra de Franz entra en acción, los proyectiles explosivos alcanzan unas piernas gruesas como troncos de árboles, ocultándolas entre una lluvia de detonaciones.

Sin embargo, sigue avanzando, con el suelo temblando bajo los secos pasos cuando esos pies caen sobre la tierra. Hace una pausa durante un segundo, sus pequeños y brillantes ojos, que reflejan las parpadeantes llamas, nos miran fijamente. Sus brazos se arquean hacia atrás, extendiéndose más que la longitud de un tanque y su

cavernosa boca se abre para lanzar un rugido que probablemente se pueda escuchar hasta fuera del planeta. Rompe a correr, cogiendo impulso, el fuego de los fusiles láser, los disparos de los bólters pesados y de los cañones láser rebotan en su coraza mientras la bestia avanza pesadamente hacia nosotros. Una vez más, su boca se abre en otro rugido aterrador, pero Breiden escoge ese preciso momento, con su mano guiada por el Emperador, estoy totalmente seguro, y envía entre la lluvia de proyectiles su pesado haz láser dentro de su boca, convirtiendo su cabeza en pulpa y esparciendo fragmentos de su cráneo a través de todo el patio.

Durante un instante pienso que incluso eso no es capaz de detenerlo, ya que sigue avanzando pesadamente hacia nosotros, pero luego el resto de su cuerpo se da cuenta de lo que ha sucedido y cae al suelo, oscuro icor forma un gigantesco charco alrededor del cadáver del mastodonte.

Lanzo un suspiro de alivio, contento de que esos jodidos inútiles decidieran seguirme después de todo, porque de lo contrario yo sería poco más que una simple mancha en una de aquellas garras. Sin embargo, mientras mi ritmo cardíaco cae algo por debajo del millón de latidos por minuto, el resto de los Tiránidos comienzan a penetrar a través de la brecha. Al frente va una nidada de guerreros, disparando Escupe-muertes y Devoradores mientras avanzan.

Los hombres están cayendo a mí alrededor y una salpicadura de ácido cae en mi brazo. El dolor es casi insoportable, me agacho para coger un puñado de tierra para frotarme e intentar eliminar el ácido. Mi brazo derecho está casi totalmente insensible, se me cae la pistola láser y agarro mi espada-sierra con la mano izquierda. Los guerreros Tiránidos caen bajo el fuego del los cañones láser y los bólters pesados, pero más y más criaturas entran a través de la brecha. Miro en torno a mí, para ver cuántos somos aún en el pelotón, y veo que sólo quedamos alrededor de dos docenas de nosotros.

Franz capta mi atención y veo como su desesperación se torna en feroz orgullo en un solo instante. Como obedeciendo a una orden subconsciente, todos cargamos hacia adelante, lanzándonos contra la marea de bestias que están arrasando Liberación. Mi espada-sierra muerde carne y escucho un inhumano grito de dolor. Realmente no sé lo que está pasando, solo estoy cortando a izquierda y derecha, cortando a ciegas, sabiendo que no puedo fallar en la apretada masa de criaturas alienígenas que se arremolinan a mí alrededor.

A continuación, una pata con una garra enorme, mayor que la de un cudbear de Cthellan (El cudbear, es una especie de oso asesino originario del mundo letal de Cthellan, nt) sale de la oscuridad e impacta contra mi cara. La cabeza me da vueltas y siento vagamente como una hoja afilada corta a través de mi muslo. Siento como algo húmedo y pegajoso corre por mis piernas, miro hacia abajo, aturdido, para ver como mi sangre cae sobre la tierra. Trato de dar un paso hacia adelante, pero todas mis fuerzas parecen haber desaparecido. Caigo de rodillas, con la sensación de que me está rozando una áspera piel alienígena, empujándome hacia atrás y dejándome por muerto.

Luego noto que una profunda sombra cae sobre mí, y siento que estoy cayendo a un profundo y oscuro agujero.



Mis oídos captan un canto, en mi mente resuena el sonido de unas voces angelicales cantando alabanzas al Emperador. Así que esto es lo que se siente al morir. Después de todo, parece que hay un Emperador, y que me juzgará, al igual que a Nathaniel y al coronel. Mis pensamientos discurren muy despacio, pero por primera vez en diez años de lucha me siento tremendamente orgulloso. No huí en aquel momento, permanecí firme. Me muero, pero he caído combatiendo. No tengo la menor duda de que eso tiene que contar para algo.

Puedo oír voces, gritos, el bramido de las órdenes. Entonces supongo que estoy vivo y que realmente tenía razón sobre las luces que caían. Trato de abrir los ojos, pero el de la izquierda permanece cerrado. Levanto un brazo, me noto extremadamente débil, y toco mi sien, inmediatamente el dolor me dice que ahí debe haber un hematoma del tamaño de una pequeña luna, y es posible que se hayan formado costras de sangre seca sobre mi ojo. Mi brazo derecho está envuelto en vendajes y no puedo moverlo ni un solo milímetro.

A través de mi ojo bueno veo que hay grupos de soldados corriendo en todas las direcciones, y veo una línea de tanques Leman Russ con los motores en marcha, preparados para salir por la puerta. Creo que estoy apoyado contra un muro; puedo sentir la áspera piedra arañando mi espalda. Giro mi cabeza lentamente, a izquierda y derecha, con cuidado por los mareos y las náuseas, veo que hay otros como yo, vendados y ensangrentados, apoyados a todo lo largo del muro.

El coronel pasa por delante y se da cuenta de que estoy despierto. Se acerca a grandes zancadas y se para delante de mí. Por suerte,

su figura bloquea la brillante luz del sol. No puedo ver su cara, oculta por la sombra, pero él me mira desde arriba.

-¿Así que todavía permanece vivo, Kage?- exige, con su voz tan áspera como siempre.

-Me temo que sí, señor. Supongo que es un vicio que no se puede dejar en un momento- trato de esbozar una sonrisa, pero mi cara sólo es una masa de sufrimiento y dolor.

-He oído lo que pasó- dice, dejándose caer sobre una rodilla, para que pueda ver sus fríos ojos mientras me mira. **-Dime una cosa, Kage. Podías haber huido de aquí, tuviste la oportunidad, y ya lo habías hecho antes. ¿Qué es lo que te hizo luchar?**

Conseguí dirigir hacia él mi ojo sano, y le devolví su fija mirada con una propia. **-Bien, señor, así es como yo lo vi-** le explico. **-Vi las luces bajando, y sabía que eran transportes de la Guardia Imperial, las esporas micéticas caen directamente hacia abajo, pero éstas tenían una trayectoria de aterrizaje. Así que yo sabía que Liberación estaba a punto de recibir refuerzos. Sin embargo, teníamos que aguantar, porque si los Tiránidos se metían en el recinto, estaríamos todos muertos. No hay un lugar donde se pueda huir de esas criaturas.**

El coronel frunció el ceño. **-Entonces, ¿por qué dijo a sus hombres que estaban cayendo más esporas, en lugar de decirles que la fuerza de socorro estaba en camino?-** me pregunta.

-Estoy seguro de que usted ya lo sabe, señor- respondo, porque a mí me parece obvio. **-Si les hubiera dicho que la ayuda estaba en camino, perderían el poco valor que les quedaba. Pensarían que ya se podían dar por vencidos y salir huyendo. Pero como les dije que no había ninguna posibilidad de escapar de Liberación, ni una sola oportunidad, hicieron lo único que**

podían hacer. Yo les despojé de toda falsa esperanza, no les dejé nada por lo que luchar, excepto por su propia vida.

-Vera, señor, cuando uno no tiene ninguna jodida razón por la que luchar, aún luchará para permanecer vivo. Dele a un hombre la oportunidad de retirarse, y lo hará, pero si no la tiene, se agarrará a lo que tiene con ambas manos y luchará por vivir tanto tiempo como le sea posible. Luchará hasta su último aliento sólo por respirar una única vez más, sólo por sentir su corazón latir una única vez más antes de morir. Si acorrala a un hombre en medio de una batalla, y le da una pistola, luchará como una rata acorralada, porque no puede hacer nada más.

-Así es como funcionamos en la Última Oportunidad, señor. Eso es exactamente lo que estamos haciendo todos nosotros. No tenemos más remedio que luchar, y luchar bien, porque si no lo hacemos, moriremos, y ninguno de nosotros quiere morir, por lo que vamos a hacer todo lo posible, todo lo necesario, incluyendo sus condenadas misiones suicidas, únicamente para poder respirar una vez más. Eso es por lo que yo lucho, por lo que ellos luchan.

El coronel lanza un seco gruñido y se levanta. Se vuelve para alejarse, pero lo llamo. **-¡Todavía hay otra razón por la que voy a luchar hasta el límite, señor!**

Él se da la vuelta y me mira, una de sus cejas se levanta en señal de interrogación.

-¡Yo... yo no pienso darle todavía la jodida satisfacción de verme muerto, señor!

COLONEL SCHAEFFER



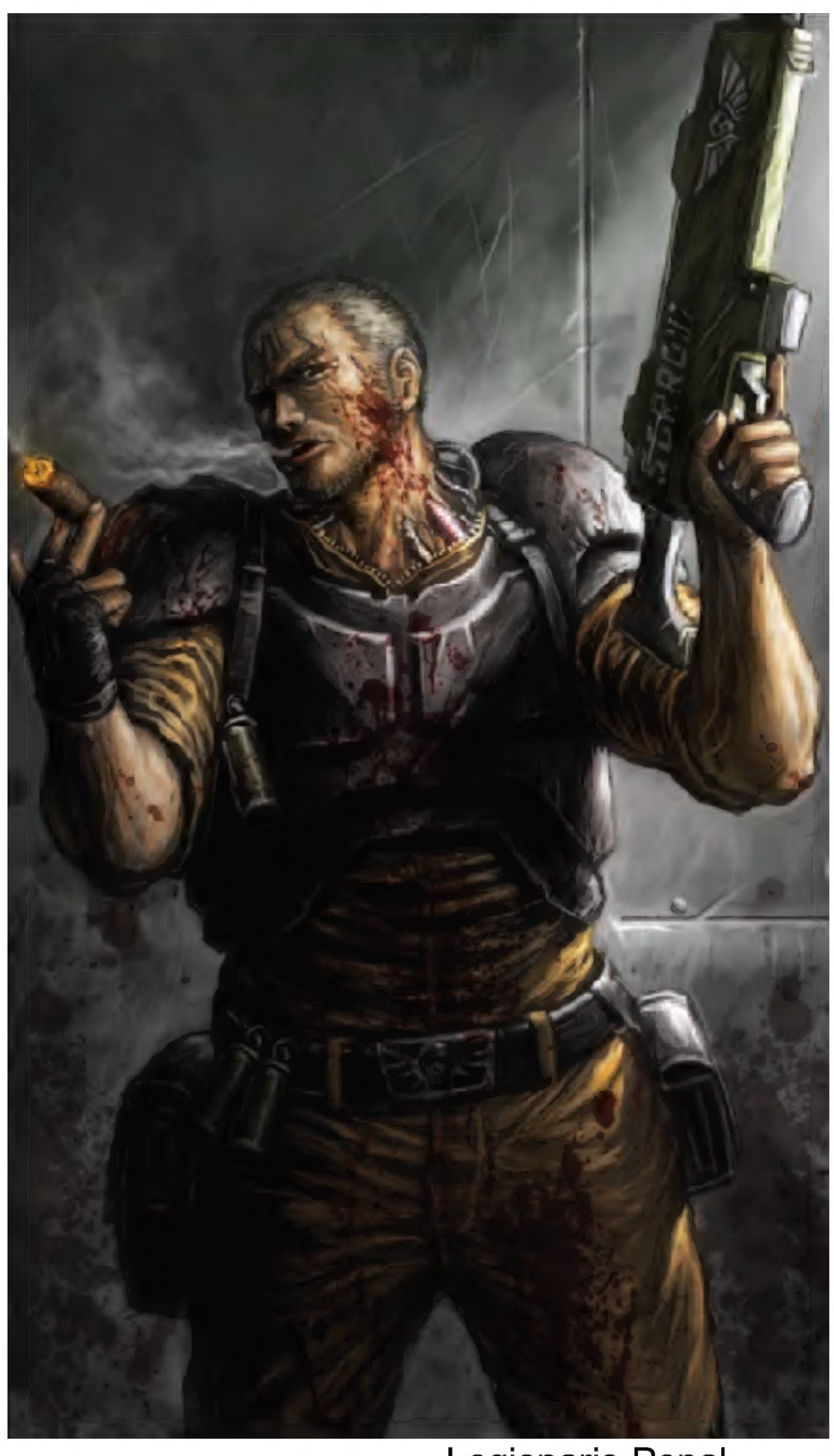
PROFILE: Tough, hard-bitten and strict. Will get the job done no matter what the cost.

WARGEAR: Plasma pistol, master-crafted power weapon and carapace armour (stat line already modified).

SPECIAL RULES: Schaeffer is a master of close combat. Opponents must subtract -1 from their dice rolls to hit him.



Última oportunidad.



Legionario Penal

FIN